

co II calificaba á los reyes sus hermanos de Mandrines y Cartouches? Y el acto en que él mismo tomó parte activa, el desmembramiento de la Polonia, ¿no es un acto digno de bandoleros? Sin embargo, este crimen se consumó sin una protesta de la Europa monárquica. Los que piensan que los pueblos son propiedad de los reyes pueden reprochar á la Revolución el haber despojado á los propietarios de sus derechos legítimos. Mas los reyes no tienen derecho ante las naciones. La Revolución, por el contrario, ha procurado establecer las relaciones internacionales sobre sus verdaderas bases, el respeto de las nacionalidades y la soberanía de los pueblos. Léjos de haber destruido el derecho, es ella quien lo inaugura.

El despotismo reinaba bajo el antiguo régimen, y el despotismo no es otra cosa que el abuso de la fuerza. ¿Qué hizo la Revolución? Poner fin al despotismo real y reemplazarle por la soberanía del pueblo. Realizando el derecho en la constitución interior del Estado, debía también tratar de realizarlo en las relaciones de los pueblos. Si el despotismo y la conquista se adhieren, la libertad y la paz, la igualdad de los ciudadanos y la independencia de las naciones se adhieren igualmente. En un informe presentado á la Convención por Cambacères, en nombre del comité de salud pública, leemos: "La diplomacia de una república no conoce otros derechos que los de las naciones. Penetrados de los grandes principios de la independencia de los pueblos, de la reciprocidad, de la igualdad de los derechos y de los deberes entre las sociedades políticas, alentaréis á las naciones respecto á su seguridad interior y exterior, y no se os acusará de alimentar los furioses de la guerra. La república triunfante quiere la paz, y la querrá universal, de suerte que pudiese asegurar eternamente el reposo y la felicidad del mundo."

Libertad, igualdad, tales son los principios así del 93 como del 89. Por la primera vez se encuentran estas palabras sagradas en el lenguaje de la diplomacia. El comité de salud pública, acreditando un embajador cerca de la república de Génova, declaró que la República no reconocía otras reglas que las de la justicia y la igualdad entre las naciones. Hé aquí la santa alianza de los pueblos cantada por Beranger, el poeta de la humanidad. Á la Revolución pertenece la iniciativa de este derecho nuevo. Si la paz es posible entre los pueblos, no

puede descansar sino sobre este fundamento. Así uno de los primeros actos de la Asamblea constituyente fué declarar que la nación francesa renunciaba á emprender ninguna guerra con ánimo de conquistas, y que no emplearía jamás sus fuerzas contra la libertad de ningún pueblo. Este decreto es único en la historia, y merece que sobre este punto nos detengamos un tanto.

¿Cosa notable! No fueron los revolucionarios los primeros que proclamaron estas ideas generosas, sino los jefes de la alta nobleza. En otros tiempos creía que su única misión era guerrear; ¿quién la convirtió á sentimientos de paz? La filosofía. Los duques de Lévis y de Aiguillon llevan á la tribuna el lenguaje de los filósofos; ellos proclaman que la guerra no es legítima sino cuando es defensiva, ellos condenan el pretendido derecho de conquista, y ellos le niegan. Todos los partidos de la Asamblea se manifestaron unánimes sobre esta cuestión. La Asamblea discutía el derecho de paz y el de guerra. "Se pregunta, dijo un cura, si la nación debe delegar al rey ese terrible poder: habría que inquirir primero si los mismos pueblos tienen ese derecho. Así como un individuo no dispone del derecho de atacar á otro individuo, tampoco una nación dispone de él para atacar á otra nación. Este principio debe ser sagrado para los pueblos libres. Que todas las naciones sean libres, como nosotros queremos serlo, y no habrá guerra posible." Las ideas del abate de Saint-Pierre, despreciadas como irrealizable utopía, van á ser formuladas en leyes. Volney propone que la Asamblea declare que considera á la universalidad del género humano como formando una sola sociedad, cuyo objeto es la paz y la felicidad de todos y cada uno de sus miembros.

Los hombres del 89 no eran soñadores; tenían una razón decisiva para amar la paz y temer la guerra. ¿Qué sería de la libertad en medio de los huracanes de un trastorno general? Necesitamos sobre todo la paz exterior, decía Mirabeau. El gran orador no era un espíritu quimérico; asíase con fuerza á las esperanzas de la paz, porque amaba la libertad. "Tiempo vendrá sin duda, exclamaba, en que el género humano no forme más que una sola familia." Mirabeau no se hacía seguramente ilusiones hasta el punto de creer que sus votos iban á realizarse; pero se complacía en sondear el porvenir, y entonces profetizaba una era pacífica: "No

está lejos quizás de nosotros ese momento en que la libertad, reinando sin rival sobre los dos mundos y realizando los votos de la filosofía, absuelva á la especie humana del crimen de la guerra y proclame la paz universal. Entonces la ventura de los pueblos será el único objeto de los legisladores, la única gloria de las naciones. Entonces las pasiones particulares, transformadas en virtudes públicas, no desgarrarán por medio de querellas sangrientas los nudos de la fraternidad que deben unir á todos los hombres. Entonces se consumiará el pacto de federación del género humano."

Ese tiempo estaba mucho más lejos de lo que Mirabeau creía. Al principio de la Revolución, la paz era imposible. La Revolución ¿no era la guerra en esencia, la guerra contra el mundo antiguo, encarnado en la realeza, en la aristocracia y en el clero? Mas aun cuando la guerra estalló furiosa, universal, los hombres de la Revolución no abandonaron sus esperanzas pacíficas. No hablamos de los Girondinos que declararon la guerra á Europa. La Montaña no era afectada á la guerra; Robespierre fué su adversario constante; quería consolidar en Francia la república, y presentía que la guerra sería su tumba. Cuando la Europa entera se coaligó contra los regicidas, la Convención se defendió con energía salvaje, pasando luego de la defensa al ataque, y victoriosa, no olvidó los principios de paz que la Revolución había desde su principio proclamado. El 28 ventoso, año III, el ministro plenipotenciario del duque de Toscana, primer príncipe que había reconocido la República, se presentó ante la Convención. ¿Qué sentimientos despertó este triunfo en los representantes de la nación? El presidente declaró que la independencia era la única conquista á que aspiraba el pueblo francés. Ser libre, tal era su voluntad; respetar el gobierno de sus vecinos, tales eran sus principios. "No está embriagado con sus triunfos; si le son gratos, consiste en que serán precursores y garantías de la paz de Europa y de la felicidad de todos los pueblos. Los hombres no han sido creados para despedazarse, sino para amarse y trabajar unidos para hacerse felices, por un cambio recíproco de servicios."

Napoleon mismo, el hombre de guerra por excelencia, permaneció fiel, al menos en su lenguaje, á los principios del 89. El primer cónsul, apenas instalado, escribió al rey de Inglaterra la célebre

carta en que trata de vana grandeza el ansia de conquistas, donde dice que la paz es la primera entre las necesidades, así como entre las glorias. Este era el deseo de la nación, fatigada de las agitaciones revolucionarias y de una guerra sin objeto, puesto que su independencia no estaba amenazada. El primer cónsul lo confiesa en la proclama que dió al emprender de nuevo las hostilidades: "Deseáis la paz, decía; el gobierno la desea también aun con más ardor; sus primeros votos, sus pasos incesantes se han encaminado en su favor. El primer cónsul ha prometido la paz, é irá á conquistarla á la cabeza de sus guerreros. Jura no combatir más que por la ventura de la Francia y por el reposo del mundo, y sabrá librar á la humanidad de la plaga que despues de tantos años la devora."

La Asamblea constituyente, al renunciar á toda conquista, comprendía que la paz no sería asegurada sino por el reinado del derecho, que el único medio de establecerla era respetar la independencia de todos los pueblos. Estos eran también los principios del gobierno consular. En un informe presentado al Cuerpo legislativo se lee esta notable declaración: "La nación francesa no ha emprendido la guerra sino para mantener su independencia y el goce de los derechos que la naturaleza ha otorgado á todos los pueblos. Esta independencia que la nación para sí reclama la reconoce asimismo en los otros pueblos." El imperio sustituye al consulado; primer cónsul ó emperador, Napoleon es siempre el mismo; ha nacido conquistador, pero su lenguaje es el de la paz. El ministro de cultos propuso establecer una fiesta para celebrar el aniversario de la coronación y de la batalla de Austerlitz. En su informe se creía oír á un orador del 89: "El héroe de la Francia es el pacificador de la Alemania y el bienhechor de la humanidad." Los actos no están de acuerdo con las palabras. No importa, los principios que Napoleon no cesa de invocar son la condenación de su política invasora: "Su corazón se ve penosamente afectado, dice, de la preponderancia constante que obtiene en Europa el genio del mal, destruyendo sin cesar los proyectos que forma para asegurar la tranquilidad de Europa." ¿Cuál era ese genio del mal? Napoleon acusa á la Inglaterra. La historia acusa al emperador, diciendo, con el escritor que le ha ensalzado hasta la idolatría, "que estaba devorado por la ambición más desmedida que se haya



nunca alojado en el corazón de un hijo de la fortuna.

Napoleón no es el único culpable; el verdadero culpable es la política real. El emperador no ha cometido más que una falta, la de olvidar la tradición del 89, de que era heredero, para continuar el sistema invasor de Richelieu y de Luis XIV, poniendo un genio incomparable al servicio de la ambición francesa. Los reyes de la vieja Europa se hubieran dado por satisfechos con poder imitarle: prueba, el czar que se hizo su cómplice en Tilsit; prueba, el Austria y la Rusia que jamás han respetado derecho alguno, tratándose de extender los límites de su dominación. Tenemos la confesión del culpable. En 1804, Gentz, el publicista de la coalición, escribía: «¡Cuántas desgracias ha sufrido la Europa y cuántas ha de sufrir todavía son el castigo, y fuerza es decirlo, el justo castigo que merecemos por haber sustituido el miserable interés personal á la causa sagrada del derecho.». Una nueva coalición se formó contra Napoleón un año más tarde. El plan trazado por Inglaterra, de comun acuerdo con las grandes potencias del continente, tendía á restablecer el régimen del derecho en Europa? Por lo ménos no fueron sus principios, fueron los dominantes, en 1814, en el congreso de Viena. Sabido es el desprecio con que se miraba el derecho de los pueblos, disponiendo de ellos como del ganado de una alquería: la frase es de Talleyrand. Los monarcas que se habían ligado contra la ambición desmesurada de Napoleón imitaron á su maestro; los que habían puesto el grito en el cielo cuando el emperador anexionó á Génova ó á las ciudades anseáticas á la Francia dispusieron de Génova sin tener para nada en cuenta sus votos ni su derecho, y no dependió de su oposición que las ciudades anseáticas se unieran á la Prusia en 1805. En cuanto á la Italia, no hay para qué decir que sólo era una denominación geográfica, sin exceptuar el patrimonio de San Pedro ni la antigua ciudad de Venecia. Por último, el desmembramiento de la Polonia, ese crimen injustificable, lejos de ser reparado, fué definitivamente consumado. No fué, pues, ciertamente el derecho lo que imperó en los consejos de la Santa Alianza; la realza no conocía otro derecho que la fuerza.

## II.

Llegamos á un nuevo acto de la Revolución

abierto el 89. El movimiento del 48 fracasó; pero esto no obsta para que hagamos justicia á las ideas del 89; suyo es el porvenir y acabarán por triunfar, á pesar de los errores y de las debilidades de los hombres. Entre esas ideas, la de la paz es la más beneficiosa, en cuanto paz se tome como sinónimo de derecho. Cuando en París se levantan barricadas, el mundo se estremece. El año 48 era de esperar un trastorno universal; en las altas regiones se creía llegado el fin del mundo. Grande fué la sorpresa de Europa cuando el gobierno provisional, por boca de Lamartine, proclamó que la república era la paz. Tales eran los sentimientos del ilustre poeta, convertido en hombre político. Grandes fueron sus faltas, pero la humanidad aplaudirá las frases que pasamos á transcribir:

«La guerra, lejos de ser un progreso en la humanidad, es un asesinato en masa que la impide adelantar, la aflige, la diezma y la deshonor; los pueblos que juegan con la sangre son instrumentos de ruina y no de vida en el mundo; suelen engrandecerse, pero contra los designios de Dios, y acaban, en un día de justicia, por perder todo lo que han conquistado durante años de violencia; el asesinato ilegítimo no deja de ser un crimen en una nación, como lo es un individuo. La conquista y la gloria le realzan, pero no le justifican. Todo crimen nacional es un fundamento falso que, lejos de favorecer, perjudica grandemente á la civilización.»

Lamartine rechaza, no solamente todo pensamiento de conquista, sino toda idea de propaganda por la vía de las armas. Dice muy bien que la república es una cuestión de progreso y de civilización: «Un pueblo se pierde adelantando la hora de su madurez, como se deshonor dejándola escapar sin aprovecharla.» La república no se impone por la fuerza; los pueblos no pueden pedir más libertades que aquellas que son capaces de mantener. En este orden de ideas, la guerra, aunque sea en favor de la propaganda de los principios republicanos, es absurda al mismo tiempo que injusta. «La guerra, dice el manifiesto, no es el principio de la república francesa, aunque sí fué su fatal y gloriosa necesidad en 1792. Entre el 92 y el 48 hay medio siglo; volver después de medio siglo al principio del 92 ó al principio de conquista del imperio, no sería avanzar, sino retroceder. La revolución de ayer es un paso hacia adelante y no hacia atrás. El mundo y nosotros aspiramos á marchar

á la fraternidad y á la paz.» El manifiesto explica perfectamente que las causas que en 92 hicieron abordar la Revolución sobre la Europa no existen el 48. Á fin del último siglo, los filósofos solamente querían la paz, y con ella el reinado del derecho. Hoy, gracias á cincuenta años de libertad de pensar, de hablar y de escribir, la filosofía se ha hecho popular. «La razón, resplandeciendo por todas partes sobre las fronteras de los pueblos, ha creado entre los espíritus una gran nacionalidad intelectual que será el complemento de la Revolución francesa y la constitución de la fraternidad internacional sobre el globo.» Los mismos principios que la república ha inscrito en su bandera conducen á la paz y al derecho entre las naciones: «La república ha pronunciado al nacer tres palabras que han revelado su alma: *libertad, igualdad, fraternidad*. El sentido de estas tres palabras, aplicadas á nuestras relaciones exteriores, es el siguiente: emancipación en cuanto á la Francia de las cadenas que pesaban sobre su dignidad, declaración de amistad y alianza á todos los pueblos. La Francia tiene conciencia de su misión liberal y civilizadora, y no pronuncia una sola frase que signifique guerra. Si la Europa es prudente y justa, no tendrá frases que no signifiquen paz.» (1).

Este manifiesto no perecerá, será el manifiesto del porvenir. El porvenir es del pueblo, y el pueblo es la paz. La idea de paz no es patrimonio de algunos pensadores ni ilusión de algunos poetas. Así ha sido en el pasado; pero la filosofía, como la poesía, ha profetizado los principios que se realizan á medida que la luz de la verdad penetra en las masas. Quiera Dios que estos resultados estén de acuerdo con la verdad, que los odios nacionales se extingan, y que los pueblos se compenetren para realizar lo que son en esencia, los miembros de una gran familia. El manifiesto del 48 no debe ser considerado como la obra de un hombre; Lamartine, al redactarlo, era órgano de la conciencia general, y él mismo hace notar que, acaso por primera vez en el mundo, la paz se ha hecho popular. «Un conquistador, dice, haría hoy el efecto que una fiera, á la que daría caza el género humano.» Gloria á Dios que ha permitido este progreso á la humanidad (2).

(1) LAMARTINE, *Historia de la revolución de 1848*, t. II (lib. IX, §§ 7 y 15).

(2) LAMARTINE, *el Pasado, el Presente y el Porvenir de la república*, lib. II, c. 2, § 2.

N.º 5.—*La paz perpetua.*

La filosofía del siglo XVIII es la filosofía de la paz: todos los sentimientos que la inspiran, humanidad, derecho y libertad, conducen á la paz. No obstante, al fin de este siglo pacífico estalla la Revolución, y con ella una guerra que conmueve á la Europa hasta en sus fundamentos. Causa había para desalentar á los filósofos, quienes con cierto motivo podían creer que estaban en el error al proclamar que la paz era la ley del género humano. Un profeta del pasado, desarrollando las páginas de la historia y viéndolas todas manchadas de sangre, exclamó que la guerra sería eterna. De Maistre es el tipo de los hombres que se aferran á la tradición, en lugar de penetrar en las profundidades de la conciencia humana. Á su desconsoladora doctrina opondremos la de un filósofo ilustre. Kant, el pensador solitario de Königsberg, no se sorprendió de los excesos que mancharon á la Revolución, ni desesperó al ver que la república se hacía conquistadora, después de haber renunciado en una declaración solemne á todo pensamiento de extensión en el exterior. Había saludado el movimiento del 89 como la aurora de una era nueva, y permaneció fiel á su entusiasmo. Los hechos, que parecían desmentir sus esperanzas, no le afectaron: bien persuadido estaba de que es el pensamiento quien gobierna al mundo. Si los principios del 89 son la expresión de la verdad, el porvenir es suyo á despecho de los sucesos. Entre esos principios se cuenta la paz ó el derecho que debe regir las relaciones de los pueblos. Kant, sin conmoverse por el ruido de las armas, escribía en medio de una guerra universal un proyecto de paz perpetua. Hay algo de admirable en esta serenidad del filósofo y en su inquebrantable amor á la verdad; ¿se hacía ilusiones? Oigámosle (1):

¿De dónde procedía el entusiasmo que Kant sintiera por la Revolución? Porque ve en ella la realización del derecho. ¿Qué quería la Francia el 89? Conquistar la libertad y constituirse como nación soberana. Hé aquí el advenimiento del principio de

(1) KANT, *zum ewigen Frieden*, cap. III, § 2.